

# RENOVACIÓN EL ESPAÑOL REVISTA=SEMANAL=ILUSTRADA

VIMARIO

El romanticismo de escuela, por La Condesa de Pardo Bazán.—Renovarse o morir, por M. Álvarez Cerón.—La extrema izquierda pangermanista, por E. González Blanco.—Los poetas de la humanidad: Silva Gao.—La vida artística, por F. Valcárcel.—Apuntes del camino, por L. Martín-Graniño.—Teatros, por Don Lope.—Antología aliadófila.—Crónica de la guerra, por Zeppelin.—Los libros, por J. Antón.—De la semana.

Año I

Madrid, 2 de Abril de 1918

Núm. 10.

LEÑA

AL POR MAYOR  
GRANDES  
REMESAS  
AL FRENTE INGLÉS



20 págs.

LOS ACAPARADORES por K-Hito

20 cts.



# RENOVACIÓN ESPAÑOLA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

## COLABORADORES

Pío Baroja.—Jacinto Benavente.—Adolfo Bonilla y San Martín.—Julio Casares.—Julio Cejador.—Eugenio D'Ors.—Concha Espina de Serna.—Edmundo González Blanco.—Ricardo León.—Silvio Kosstí.—Condesa de Pardo Bazán.—Julio Puyol.—Rafael López de Haro.—Francisco Rodríguez Marín.—José María Salaverria.—Rafael Salillas.

## REDACTORES

**Política interior**, Quintiliano Saldaña.—**Música**, Eduardo López Chávarri.—**Medicina**, Dr. Sánchez de Rivera.—**Historia**, Antonio Ballesteros.—**Filología**, P. A. Martín Robles.—**Educación nacional**, Eloy Luis André.—**Caricatura**, *K-Hito* y *Kilom*.—**Política exterior**, Manuel Palacios Olmedo.—**Viajes**, León Martín Granizo.—**Enseñanza**, Luis Jiménez Asúa.—**Guerra**, Zeppelín.—**Bibliografía**, José Antón y Pedro Sáinz Poesía, M. Álvarez Cerón.—**Teatros**, «Don Lope».—**Revista de revistas**, Cayetano Alcázar.

**SUSCRIPCION:** España: año, 10 pesetas.—Extranjero: año, 15 pesetas

20 céntimos.

Redacción y Administración:  
San Bernardo, 124, teléfono 2.188. Madrid.

## BERNARDO ZAPICO

INGENIERO

### Explotación de carbones

LEON

## SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

**Línea de Cuba-Méjico.**—Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

**Línea de Buenos Aires.**—Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires y emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

**Línea de New York, Cuba-Méjico.**—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New-York, Habana, y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

**Línea de Venezuela-Colombia.**—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

**Línea de Fernando Póo.**—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

**Línea Brasil-Plata.**—Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.

# RENOVACIÓN EL ESPAÑOLA

MADRID, 2 DE ABRIL DE 1918.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

: — : AÑO I — NÚM. 10 : — :

## ESTUDIOS LITERARIOS

### EL ROMANTICISMO DE ESCUELA

POR LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

I

Desde las primeras obras de Chateaubriand, el romanticismo, en Francia, era un fenómeno, si no general, de sobrada fuerza para que, de día en día no adquiriese incremento. Poseía los dos elementos indispensables a la formación de una escuela: modelos y doctrina. La doctrina, la había formulado Madame de Staël; los modelos, los había dado Chateaubriand, sin hablar de los autores extranjeros en quienes existían los mismos precedentes.

De fuera podían venir los impulsos, y basándose en literaturas extranjeras había predicado este género de renovación literaria la Staël. Pero sería desconocer el alcance del movimiento suponer que se reducía a la importación de ideas estéticas.

Era mucho más. Para Francia era, preciso es decirlo, la des-nacionalización literaria.

En cambio, era la influencia universal, confirmada plenamente, dentro de un cosmopolitismo que hasta entonces no tenía ejemplo.

Y no tenía ejemplo, porque nunca habían sido tales las circunstancias históricas. Mucho más que las revoluciones, las guerras, realizaron la aproximación y fusión de los pueblos y de las razas. La guerra siempre ejerce esa función aproximadora, y también subversiva. El ejemplo de la que estamos presenciando, bien lo puede demostrar.

Por tal motivo, el movimiento romántico fué una agitación universal, no limitada a una nación sola. Registra la historia literaria algunos movimientos generales que pudieran asimilarse a éste, pero que no extendieron tanto su área de dispersión; y, además, que no se enlazaron con los fenómenos del sentimiento y de la conciencia hasta tal punto. Hubo, en los siglos xv y xvi, a favor de la invención de la imprenta y del empuje de la Reforma, una extensión del clasicismo, tomada con razón por importantísima; hubo en el siglo xvii las decadencias amaneradas, los eufuismos y conceptismos; hubo en el xviii la retórica declamatoria revolucionaria, extendida por las logias a varias naciones; distaron mucho,

con todo eso, tales transformaciones, de alcanzar la transcendencia que al romanticismo no puede regatearse.

Antes de las guerras de Napoleón, sin embargo, el romanticismo ya queda dicho que existía, y su aparición, por orden cronológico, pudiera fijarse así: primero en Alemania, después en Inglaterra, luego en Rusia e Italia, después en Francia, y por conducto de Francia, en España. He oído a eminentes profesores franceses reclamar para su nación la primacía; pero era como si la reclamásemos nosotros; es decir, nosotros pudiéramos reclamarla con mayor derecho, dados los antecedentes románticos, no sólo históricos, sino líricos e individualistas, de nuestro teatro y de nuestra tradición en general.

Claro es que son bien antiguas las raíces del romanticismo, pero ahora tratamos del romanticismo, no como corriente constante al través de las edades, sino como manifestación poderosa, relacionada con un periodo especial de la historia, y con un orden de sentimientos engendrados también por la evolución propia de la edad contemporánea, que tiene en el romanticismo su pórtico y arco triunfal.

Ahora, saliendo de lo general, concretémonos al terreno de Francia, preparado ya para la transformación.

La batalla empezó el año de 1818, con un folleto titulado *El antiromántico*.—En un principio, los clásicos, representantes de la tradición nacional, eran muy superiores en número, en fuerza, en posición literaria y social. Hoy les nombramos, y sus nombres parecen borrosos; pero entonces culminaban en la república literaria Feletz, Arnault, Jouy, Baour Lormian y otros que van olvidándose. Lo primero que caracterizaba a esta hueste de clásicos, era su culto por Voltaire, su espíritu aun enciclopedista, y el horror que les inspiraban las literaturas extranjeras. Sentían que de fuera venía a Francia la corriente romántica, y renegaba de Dante, de Shakespeare y de Calderón. La influencia de los clásicos en la Academia les permitía animar a bastantes escritores con premios y lauros, y su mano alzada en los escasos diarios que se publicaban

entonces, les hacía, en cierto modo, árbitros de la fama. El teatro lo tenían copado, por decirlo así. Lo que se representaba eran frías tragedias, obra de algún clásico, y el actor Talma estaba completamente de su parte y prestaba el realce de su genio a aquellas pálidas creaciones sin calor y sin vida.

Sin embargo, en el horizonte brillaban ya dos astros, que realmente habían anunciado el advenimiento del romanticismo: Chateaubriand y Madame de Staël. Y, en la sombra aún, se formaban las huestes del romanticismo batallador, e iban a surgir. Eran Lamartine, Vigny, Agustin Thierry, Rémusat, Sainte Beuve, Mignet, Thiers, y, promotor más enérgico que todos, destinado al papel de caudillo, Victor Hugo. Al lado de los literatos se alineaban los artistas: Delacroix, Delaroche, Vernet, Ary Scheffer... Pronto lanzarían su primer grito de insurrección.

Las doctrinas, como queda dicho, venían de fuera. El curso de literatura dramática de Schlegel era el polo opuesto del *Curso de literatura* de La Harpe. La *Alemania*, de Madame de Staël, abría vastos horizontes al gusto y a la imaginación. Se empezaba a estudiar a Shakespeare, a leer a Walter Scott, a prendarse de Byron, a sospechar la existencia del *Werther* de Goethe. Osián, el falso Osián, iba a ser una moda dominadora. Napoleón mismo, a quien pudiéramos llamar el último clásico, se exaltaba con la lectura de Osián.

Un principio de libertad viene contenido en las primeras palpitaciones románticas. Y, con la idea de libertad, la tendencia democrática.

Así como Victor Hugo no quiso que hubiese palabras plebeyas ni palabras nobles, la escuela romántica no quiere que asunto alguno ni individuo alguno sea excluido del arte. Tal principio lo adoptará después el naturalismo, pero del romanticismo se deriva. Se comprende qué amplitud, qué riqueza de temas ofrece al arte. Pero también se adivinan los riesgos que corren el gusto y la razón con tales concesiones, sin límite ni valla.

En toda la doctrina palpitaba el ansia de innovar. Hay una sorda rebeldía en cuanto se escribe, y son nuevas hasta las palabras, muchas al menos; otras, son renovadas. Mercier, en su *Neología*, trueno contra la podadera académica, que ha destruido la riqueza de los arcaísmos; y hay que notar en Mercier una afirmación, que concuerda con lo que en otra parte dije acerca de la prosa como primer elemento del romanticismo. «La prosa, dice, es nuestra; su marcha es libre... Nuestros verdaderos poetas, son los prosistas que tengan osadía, y el idioma adquirirá acentos nuevos del todo.»

Es el mismo Mercier, verdadero precursor, en extremo olvidado, el que, bajo el influjo de las excitaciones de Diderot, el más excitador de todos los enciclopedistas, lanza por primera vez la idea del drama romántico, mezcla de tragedia y comedia. Y seguramente los románticos, poco antes del estreno de *Hernani*, no irán más allá que Diderot en su *Poética*.

Claro es que también la renovación dramática viene de fuera para Francia. Empiezan a menudear las traducciones de los grandes autores extranjeros, como Schiller y Shakespeare. Al mismo tiempo, se traducían a Byron y Walter Scott, y los poemas del primero eran leídos en los salones, conmoviendo la juvenil fantasía de Lamartine, que por entonces no había publicado ningún verso,

pero que ya había admirado profundamente a otro extranjero, el falso Osián.

Alarmaba a los clásicos este hervir de la pasión literaria, y no perdían ocasión de condenarlo explícitamente, tratándolo de cisma, de secta y de peligro para el gusto y la razón. Entonces fué cuando Stendhal, tomando la defensa de la nueva escuela, hizo el famoso paralelo, entre los nombres nuevos y los nombres antiguos, entre Lamartine, Béranger y otros semejantes, y Campenon, Droz y demás anticuados, cansados veteranos, que nunca fueron, a decir verdad, gloriosos vencedores. Y Stendhal añadía, no sin profundidad: «Todos los grandes escritores, en su tiempo, fueron románticos.»

Lo entendía así, suponiendo que las obras románticas son las que, en el momento actual, pueden preferir los pueblos, mientras el clasicismo era la literatura que gustaba a nuestros antepasados. Y son infinitas las objeciones que hoy pudiéramos hacer a este criterio; pero se enlaza con la conocida afirmación de que el romanticismo fué un fenómeno de juventud.

Hay un momento, en las escuelas literarias innovadoras, en que todas las conjuras y todas las condenas de la tradición no logran atajar su impulso.

Está bastante reciente, en España, el caso de la escuela que se llamó naturalista, y que acaso, con más razón, pudiera nombrarse realista. Todas las ironías de prensa, todos los ataques fundados en la moral y en el buen gusto, entendidos al estilo académico, no impidieron que el realismo en la novela siguiese su ruta y produjese un florecimiento de obras maestras y duraderas. Y es la señal de que una escuela vence, esta producción de testimonios, de lo que podemos llamar «hechos» literarios y artísticos. Los «hechos» románticos fueron numerosos y brillantes, y los «hombres» que realizaron esos hechos permanecen en primera línea en las clasificaciones literarias, hoy que su tiempo ha pasado. Y aún pudiéramos recontar otras señales de la vitalidad pujante con que aquella escuela salió a plaza; siendo la más clara y persuasiva de todas, el retoñar incesante de sus ideales estéticos y de sus consecuencias psicológicas, al través de todo el resto del siglo XIX, y en lo que va de nuestro siglo.

Se explica, por otra parte, la oposición al romanticismo en Francia, donde el clasicismo y las reglas del buen gusto, claridad y medida, cualidades no muy románticas, son la característica nacional.

Desde que aparece, puede el romanticismo sufrir derrotas, suponerse eclipsado, pero sino sus formas y su retórica del momento victorioso, sus principios y consecuencias profundas se prolongan hasta el momento en que esto escribo. Los mismos conscientes adversarios del romanticismo están embebidos de él, y uno de los más estrepitosos, Emilio Zola, se declaró enfermo de ese «cáncer».

Así como el Renacimiento trajo y consagró la edad clásica, el romanticismo es, puede decirse, el que consagra la edad moderna. Por eso, al estudiar la literatura contemporánea, no es dable prescindir del romanticismo, ni regatearle su importancia capital.

Como consecuencia de su carácter de universalidad, el romanticismo aspira a encarnar el color local, y a buscar en él la poesía peculiar de las diversas comarcas. No llegaron los románticos, en esto, a la fidelidad, ni siquiera a la verosimilitud, y somos los es-



pañoles quienes más podemos atestiguarlo, pues habiendo sido España la tierra de predilección de la escuela, así en el terreno del drama como en el de la novela, el cuento y la poesía rimada, harto sabemos qué extrañas pinturas, y qué divertidas representaciones hicieron de nosotros, y cómo se parecen a los modelos españoles los bandidos de Víctor Hugo y las andaluzas de Musset. Pero retratar mal y sin semejanza, es siempre retratar, y no calcar por patrones.

Esta misma amplitud para inspirarse en todo lo de fuera, la tiene el romanticismo para la elección de modelos, que busca indistintamente en todas las clases sociales, desde el rey hasta el mendigo. Aún me parece notar en los románticos cierta predilección por las gitanas, los bandoleros y los verdugos, a los cuales miran con simpatía, como Heine miró a aquella jovencilla, hija del ejecutor de la justicia, con la cual fejó amores.

Víctor Hugo, el jefe de la escuela, y el que como escuela la sostuvo tantos años, galvanizándolo y dando colorete a su momia condensó esta inclinación al romanticismo hacia los desheredados al escribir: «Tengo cariño a la araña y a la ortiga, porque se las aborrece.»

Y en este principio romántico de igualdad y fraternidad y de amor a todo, hasta lo repulsivo y deforme, se encierra el porvenir de este gran fenómeno literario, que, al cesar, dejó tantas huellas y tan imborrables.

No es el momento en que el siglo empieza y en que todavía la

literatura llamada del Imperio se desarrolla, cuando el romanticismo se muestra militante, y se impone, no sólo como tendencia literaria, sino como fenómeno social. Hay que señalar para esta fecha los años de 1820 a 1835, que son los de la plena expansión romántica, y los de lucha y ruido, *sturm und drang*, como se dijera en Alemania, en que se le combate furiosamente.

En 1824, el director de la Academia francesa trataba de cisma y de movimiento sectario al romanticismo; porque éste suele ser el papel de las Academias, que ante toda tendencia nueva se crispán y desgarran sus vestiduras, llámese la tendencia romanticismo, realismo, naturalismo o simbolismo, a reserva de que, más tarde, los representantes de esas tendencias entren en el recinto, entre contritos, confusos y satisfechos, y se les acoja con cierta mezcla de indulgencia y ceño aún no del todo desarrugado. En el primer momento, la novedad es heterodoxa, hasta que, por ley ineludible, es admitida el heresiarca, siquiera sea a regañadientes y con las salvedades que la ortodoxia exige.

En Francia, hay que reconocer que la Academia, por lo menos al rechazar el romanticismo, podía invocar una tradición, robusta y gloriosa. Mientras, en España, lo tradicional es, buscando bien la entraña de la vida nacional, el romanticismo —sobre todo el épico—, en Francia, insistamos en esta observación, era algo exótico, pues las cualidades castizas francesas pugnan con el romanticismo. Mas no siempre ocurre que dominen las corrientes castizas en una nación.

## RENOVARSE O MORIR

No os asombréis, —anémicos cantores  
de las princesas líricas y pálidas—  
si eternizo yo el lar de mis mayores  
en estrofas altisonas y cálidas.

¡Basta ya de gemir! Llegó el momento  
de ungir en ideal los corazones  
y de hacer realidad el sentimiento  
de nuestras justas reivindicaciones.

Podremos resurgir, cuando pedazos  
hagáis de vuestra lira sensiblera,  
y sean para el brío nuestros brazos,  
y para España vuestra vida entera,

Yo pondré espuelas donde hubo chapines,  
y bravos airones donde mantelos,  
y sonarán intrépidos clarines  
donde hicisteis gemir los violoncellos.

Y al llanto de Pierrot por Colombina,  
bajo un claror romántico de luna,  
he de oponer mi musa paladina  
y el optimismo de mi alma hombruna.

Yo entraré en vuestros místicos jardines  
en un galope de épicos bridones,

y adornaré con rosas y jazmines  
el cuero y el metal de los arzones.

Y esto he de hacerlo así, porque repulso  
vuestro estilo sin médula y sin traza,  
y porque quiero acompasar mi pulso  
con las palpitaciones de la raza.

Ha de llegar un tiempo en que Castilla  
tenga esperanza, voluntad y aperos,  
y en su entraña fecunde la semilla  
de nuestra libertad y nuestros fueros.

Y es preciso que todos impongamos  
nuestro ahorro de fuerza en la gran obra,  
y es menester que todos acudamos  
con poco ensueño y corazón de sobra.

Con su yunta y su arado los camperos,  
con sus músculos recios los atletas,  
con su sabio elixir los hechiceros,  
con sus rimas viriles los poetas...

Olvidad, pues —anémicos cantores—  
libélulas, miosotis y crisálidas,  
y alzad un monumento a los mayores  
con estrofas graníticas y cálidas.

M. ALVAREZ CERON.

# DE ACTUALIDAD

## LA EXTREMA IZQUIERDA PANGERMANISTA

### El general Bernhardt

El general Bernhardt es un sabio alemán, nacido el 22 de Noviembre de 1849 en San Petersburgo (donde su padre desempeñaba el cargo de Consejero de la Legación de Prusia), y autor de muchas obras sobre problemas de índole militar unas, de interés mundial otras, en las cuales obras ha revelado vocación profesional, talento técnico, cultura sólida e instinto profético en cuanto se relaciona con estrategia campal, táctica guerrera, política colonial y maquiavelismo diplomático. Como niño mimado, de casa antigua y rica, hizo su educación intelectual, primero en el Instituto de Berlín y después en el de Hirschberg, población de la provincia de Sillesia. En esta comarca se levanta actualmente su magnífico palacio de Cunnersdorff.

Bernhardt prestó sus primeros servicios al ejército prusiano en el Cuerpo de Caballería, como teniente del 14 regimiento de Húsares. La vida de guerrero le tentaba y le seducía, y en la campaña de 1870 recibió el bautismo de fuego y de sangre para entrar en la comunión de los héroes, ganando esa condecoración, por la cual beben los vientos todos los alemanes: la cruz de hierro. De 1872 a 1879 actuó sucesivamente en el 5.º regimiento de Dragones, en la Academia militar y al servicio del Estado Mayor. Casó en 1881 con una joven de la aristocracia, Armgard de Klitzing, y en 1883 ascendió a capitán, siendo agregado en 1886 al Estado Mayor de la 15.ª división. Muerta su esposa en 1890, contrajo matrimonio en 1893 con Catalina de Colomb, señorita de origen francés, y no habiendo bendecido el cielo con fruto alguno ni una ni otra unión, prohió a un niño a quien puso su mismo nombre: Federico. Ascendió a coronel en 1897, fué nombrado a poco jefe del Estado Mayor del 16.º Cuerpo de ejército, y al año siguiente jefe de sección (*Abteilung*) del Gran Estado Mayor. De grado en grado y mostrando en todos los puestos que ocupó igual competencia, llegó a ser general de brigada en 1900, mandando en 1901 la 31 brigada de Caballería, y al ascender en 1904 a teniente general, se puso al frente de la 7.ª división hasta 1908, en que se le confió la dirección del 7.º Cuerpo de ejército.

### Las profecías del pangermanismo

Tales son las principales etapas de la carrera de Bernhardt. Pero esta carrera es notable, no tanto por sus ascensos, como por la fecundidad e intensidad de la labor a que durante ella se entregó Bernhardt, en calidad de tratadista militar y de escritor sociológico. En ambos respectos ha sido el agitador más elocuente y ardoroso del patriotismo germánico. Para este varón insigne, espíritu teutónico de pura raza, lo más grande, lo más perentorio que importa al mundo, son iniciativas alemanas: entre ellas vive, y de ellas se preocupa, y a ellas lo refiere todo. El germanismo, en sus obras, sin perder su carácter expansivo, militar y guerrero, aparece enriquecido no poco con consideraciones filosóficas, disquisiciones éticas e intuiciones sociales. Aun sufriendo equivocaciones que algunas veces llegan a un pesimismo cándido o a un optimismo trivial, la inteligencia de Bernhardt muéstrase clara sobre todos los asuntos a que no alcanzan los temores frívolos y las ilusiones patrióticas. Sus yerros son tan razonables como sus previsiones; la visión clara de sus advertencias proféticas llama tan profundamente la atención como el atrevimiento y alcance de sus teorías. Declarada la guerra, muchas personas han encontrado analogías sorprendentes entre los anuncios futuristas del ilustre escritor y la realidad de los hechos militares y políticos en que se viene debatiendo Europa. A ningún otro de los profetas de la guerra han dado los acontecimientos razón tan triste, ni en ningún

otro se reconocen atisbos y videncias tan notables en lo que constituye actualmente la preocupación, la ansiedad y el espanto del mundo. El tema es, pues, curioso, e interesante el proceso de este litigio, ya que de él arranca todo el cúmulo de antecedentes históricos, base de la conflagración presente.

En la imposibilidad de dar a conocer en toda su extensión la obra profética del general Bernhardt, me ceñiré a su libro *Unsere Zukunft* («Nuestro porvenir»), que ha poco tradujo al castellano Muga, jefe de Estado Mayor, y ex diputado a Cortes. Publicado en 1913, es tan nitida la intuición diplomática y guerrera de aquel momento mundial, en él expuesta, que la mayoría de sus páginas parecen escritas hoy, a los cuarenta y cuatro meses de una guerra que aún tardó más de un año en estallar. Por ellas se comprenderá el mérito de Bernhardt como profeta bélico, y, a la vez, se rebate a los que truenan contra Alemania como única causante y principal culpable del cataclismo. Bernhardt escribe y razona con soltura, energía y rudeza militar. Después que, por la victoria de 1871, se restauró la unidad germánica con la fundación del Imperio, el pueblo alemán durmió un verdadero sueño político, a base de un civilismo enervante y de un pacifismo cómodo. «La noción de una política mundial borróse completamente del corazón de los alemanes, que no se atrevían ni a aventurar una mirada siquiera más allá de las fronteras de Europa, a pesar de que hacia mucho tiempo que Inglaterra había enseñado a todos las rutas del gran comercio internacional». Todavía en vísperas de la guerra se contaban por millones los alemanes que querían «ver a su patria encerrada en los límites de una potencia continental». Los hombres que tenían la vista fija en un gran porvenir para su nación, eran «puestos en la picota en calidad de campeones de una funesta política de aventuras». No faltaban representantes de la concepción que defendía el hecho de que Alemania, podía «amoldarse muy bien a la existencia y a los fines de la Triple Entente», aunque ésta hubiese sido creada, «si no expresa, al menos esencialmente, para agarrarla». Hasta existían gentes que predicaban «la alianza con los enemigos de Alemania», porque, según decían, constituía «un agente precioso para el mantenimiento de la paz». ¿Qué más? Sobrevino, para prolongar la apatía, «un eminente hombre de Estado», quien no temió declarar que «la continua amenaza del ejército alemán, para pesar más en las negociaciones diplomáticas, no tardaría en suscitar al Imperio conflictos con todo el mundo». Y bien; ¿no es mérito todo esto para que Bernhardt figure gloriosamente en la legión de los advertidos, al considerar y denunciar el riesgo de que el sentido fundamental de la política no anidase aún en el cerebro de los que dirigían las relaciones exteriores de Alemania? ¿No era un gran vidente y un gran pensador, quien tales cosas aseveraba en contra de una generación de fariseos?

### Concepto que los pangermanistas tienen de la guerra

Y no por ello se entienda que el *leader* del partido pangermanista y militarista de Alemania concibe la guerra al modo bárbaro y brutal de los antiguos. «Para juzgar la guerra en sí, no basta, en verdad, inspirarse en las guerras del pasado, hechas por consideraciones personales o dinásticas, y sólo emprendidas por el simple amor al botín, con todo el cortejo de abominables acciones que las acompañaban». Tampoco sostiene un grosero y elemental anexionismo. «Es preciso que fundemos nuestro poderío continental sobre bases inquebrantables, extendiendo en Europa nuestra esfera de influencia. Pero esto no quiere decir que (el mismo autor subraya las siguientes palabras) *debamos soñar con una política de conquista. Empresa semejante estaría en oposición con el espíritu de nuestra época, y con nuestros verdaderos intereses, porque sólo po-*

driamos apoderarnos de trozos de territorios extranjeros cuyos habitantes nos serían eternamente hostiles al verse oprimidos.» Y todavía no satisfecho con todo esto, apunta Bernhardi que «en Alemania se atribuye al sentimiento del derecho y a la justicia en las relaciones internacionales una importancia mucho mayor que la que realmente se reconoce en la casi totalidad de las naciones extranjeras, a pesar de todas las palabras retumbantes».

Esta obra no pudo ser bien recibida en ninguno de los países hoy aliados, porque desenmascara sin el menor miramiento las ambiciones y astucias de la Triple Entente. «En el continente europeo, nos encontramos, a pesar de la Triple Alianza, en una situación que, por lo embarazosa, resulta casi insostenible. Rodeados de enemigos estrechamente unidos, Francia, Inglaterra y Rusia, tropezamos, a cada tentativa de expansión de nuestro poder, con la decidida oposición de adversarios superiores, que han sabido encadenar tan bien las fuerzas de Italia en el Mediterráneo, que, en caso de guerra, apenas si podrían sernos de alguna utilidad. Sólo Austria permanece fielmente a nuestro lado. Las mismas potencias enemigas trabajan para debilitar y arruinar interiormente a Turquía, nación que forma el complemento directo y necesario de la alianza austrogermana.» Aquí Bernhardi ni siquiera se muestra lo pesimista que las circunstancias demandaban, pues dos años antes, cuando en 1911, Italia declaró la guerra a Turquía, ya no existía la Triple Alianza, de hecho. Hay más, y es que Bernhardi creía posible aproximar a las tres naciones, no obstante continuar Italia en cordiales relaciones con las potencias occidentales. Con paradisiaca inocencia, esperaba que la misma cuestión de la Tripolitania «decidiría a Italia a marchar siempre de acuerdo con Austria en todas las cuestiones marítimas que se suscitasen». Sólo Inglaterra tenía interés «en llegar cuanto antes, por una guerra general, a un rompimiento con Alemania». Rusia «no parece alimentar intenciones agresivas contra nosotros, y si sólo impedir el futuro desarrollo de nuestro poderio». Francia misma, según la cándida opinión de Bernhardi, aunque deseaba el desquite y recuperar a Alsacia y Lorena, no podía entrar en liza, por «la cuestión de las pólvoras, el estado transitoriamente lastimoso de su marina y la precaria situación militar de Argel y Túnez... Tengo el íntimo convencimiento de que Francia quiere mantener la paz, probablemente por algunos años todavía... Es Inglaterra la que anhela destruir nuestra flota, mantener nuestra potencia al mismo nivel que la de Francia y evitar una alarmante extensión de nuestro dominio colonial».

#### Más aclaraciones al tema

He querido poner aquí tan extendido este lugar porque se entiende con qué colores nos pintaba Bernhardi el estado de Europa. Pues veamos ahora por junto lo dicho. Si Alemania quisiera guardar una actitud de neutralidad, cuando la situación de sus aliados y amigos se viera gravemente amenazada, «no haría más que seguir una política perjudicial en absoluto. En el supuesto de que Austria y Rusia llegaran fatalmente a un choque (subraya el autor), no tendríamos derecho a permanecer como simples espectadores de la lucha, exponiendo a nuestra aliada a ser vencida por una fuerza superior, sino que, por lo contrario, tendríamos que acudir inmediatamente en su socorro, aun a riesgo de desencadenar una guerra europea, ya que, en definitiva, ha de ser inevitable. Lo mismo nos ocurre en lo referente a Turquía.» Por aquel entonces, y luego se patentizó a la faz pública, que la verdadera Triple Alianza la constituían ya Alemania, Austria y Turquía, enemigas tradicionales las dos últimas naciones de Italia.

Pero veamos más, y oigamos a Bernhardi que prosigue en su deducción. «Francia ha llevado al máximo de desenvolvimiento su fuerza militar, siendo hoy lo que nosotros fuimos antiguamente: el país del servicio militar obligatorio para todos. A pesar de su menor densidad de población, está en condiciones de poner en pie de guerra un ejército casi tan numeroso como el nuestro... El ejército francés será de seguro movilizado con toda la rapidez y orden convenientes. En cambio, será lenta la movilización rusa. Las grandes distancias y el escaso desarrollo de su red ferroviaria harán larga la concentración de tropas. En el intervalo de tiempo que de esto fatalmente resultará, tendremos que habérmolas con un solo adversa-

rio, y podremos aprovechar con ventaja el tiempo. Además, cabe suponer que el cuerpo de desembarco británico no será enviado por Inglaterra al continente desde el primer instante, pues pudiera reservar esas fuerzas hasta ver si los acontecimientos se decidían en favor de Francia.» Por último, Bernhardi confiaba en obtener la victoria final, «logrando impedir la perfecta colaboración de los enemigos, prevenir sus ataques con una ofensiva audaz, y batiéndolos aisladamente», en suma, haciendo lo que a Alemania le ha sido imposible hacer desde el comienzo de la campaña.

Galanas eran también sus cuentas en el orden político. «Aunque los intereses de Italia en los Balcanes estén en cierto modo en pugna con los de Austria, parece haber desaparecido todo peligro en una conferencia reciente, en la que se demostró la buena voluntad mutua... De las naciones balcánicas, Rumania es la que mayor interés debe tener en unirse a la Triple Alianza, si quiere mantener independencia ante las asechanzas de los búlgaros y la preponderancia de los rusos.» De esto se quejaba el buen general en las invectivas que lanzó contra todos los enemigos esclavos de Turquía. Y porque no nos alarguemos tanto, alternando con esas duras invectivas, la confianza en la colaboración de Italia florece aun en el apéndice que puso a su obra, después del desenlace de las dos guerras del Balcán, y cuando la península del Lacio sólo estaba adosada a la Trípolice «como una pierna artificial de corcho», según la expresión empleada ya en 1907 por Harrison en su volumen *England and Germany*.

Pero, en vista de lo ocurrido, el desencanto empezaba a invadir el ánimo de Bernhardi. «En caso de estallar una guerra europea amenazan a Alemania (va subrayado por el autor) los mayores peligros... Si colocamos en la balanza todos los elementos de fuerza, llegaremos a la inquebrantable convicción de que nuestro ejército, desencadenada la guerra europea, tendrá que luchar en condiciones numéricas extremadamente desfavorables... Hoy se han desvanecido todas las ilusiones, y ha aparecido un nuevo orden de cosas que sólo anuncia malos agüeros para Alemania... El hecho de que el ejército otomano haya empleado los cañones Krupp, y estuviera preparado por instructores tudescos, ha bastado para que de su derrota se haya sacado la conclusión de que es cierta la inferioridad del ejército alemán... Aun la minúscula Bélgica, sin refrenar los impulsos de su corazón francés, celebra con gritos de alegría el vencimiento de los turcos y la inutilidad del trabajo hecho durante tantos años por los preceptores militares de Alemania... Es inminente una conflagración general. Para desencadenarla tal vez haya bastante con la tensión que existe entre Austria y Serbia... En presencia del cambio que se ha operado en la situación, debemos completar el armamento de nuestras fortalezas de la frontera oriental, según los modernos principios, ya que, según temo, ha habido en ello un enorme abandono en los años últimos.»

#### La irresponsabilidad de Alemania en la conflagración

De estos lugares se muestra claro el gran engaño de los que piensan que Alemania estaba tan bien preparada para la guerra como sus adversarios suponen, y que a ella pertenece la responsabilidad total de la catástrofe. ¡Y cuán claramente vemos ahora (después de averiguado) el absurdo de los que atribuían a la Entente miras de paz perpetua! Lo que se saca en limpio de la lectura de Bernhardi es que la guerra, muy poco antes de estallar, era contraria al sentir general del espíritu teutónico, puesto que en su libro se ataca a ese espíritu de amor a la paz y a la política fundada en dicho amor, de tal suerte que parece escrito expresamente para combatir semejante estado de ánimo del pueblo y aun del gobierno alemán. Con su pesimismo cuando acierta, y con su optimismo cuando se equivoca, Bernhardi demuestra prácticamente que Alemania ha ido a la guerra contra su voluntad y en un verdadero impulso de desesperación, obligada por sus enemigos e inducida por lo crítico de su posición en el mundo. Bajo formas de ruda franqueza, Bernhardi nunca se aparta de la realidad e ideal internacionales, y esto es, indudablemente, lo que más le encumbra y agiganta a los ojos del prudente lector, harto de comprender y considerar la deslealtad, la hipocresía y la cobardía que entre los aliados reinan.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO.



# LOS POETAS DE LA HUMANIDAD

## Manuel da Silva Gaio.

*Este poeta de hoy, Manuel da Silva Gaio, no es en rigor un poeta de la humanidad, en el usual sentido de extensión y amplitud. Más bien Silva Gaio, el Secretario general de la vieja Universidad de Coimbra, es un poeta limitado y recogido, pero hondo, muy hondo, con profunda raigambre nacional. Con Eugenio de Castro, el admirable, dirigió en Coimbra aquella fina y selecta revista «Arte», que tanto influjo tuvo sobre una parte —la más exquisita quizá— de la nueva generación. Sus Canções de Mondego (1892), sus Novos Poemas (1906), y su última gran producción el poema Chave Dourada, una verdadera apología de la misión activa de la raza, marcan tres épocas distintas de la evolución de su espíritu que parece que ya se concretó. Atildada y pulcra como su persona, su obra, dentro de la nueva generación de A Renasença un tanto bullanguera y epatadora, da una nota personal y única, de serena ecuanimidad, de seriedad y vigor contenido. Como prosista, ha escrito también unas cuantas novelas famosas en bem falado português, dignas de todo encomio y consideración, sobre todo la titulada Ultimos creentes (1905), que fué muy combatida, y obtuvo un gran éxito de librería.*

*A continuación publicamos unos sonetos suyos, llamando especialmente la atención de nuestros lectores sobre el que lleva el título de A Geração nova, que pasa por ser el mejor soneto que se ha labrado en Portugal en los últimos años.*

*Los publicamos en portugués por creer la traducción innecesaria.*

### A GERAÇÃO NOVA

Pudera este meu livro, bous amigos  
Alevantar-vos tanto o pensamento  
Que á Patria dêsseis braço e novo alento  
Para afinal pôr termo a seus castigos!

Mas se o cantar-vos en feitos antigos  
Não fôr mais de que vão cometimento  
Se ouverem de rendê-la, a trato lento  
Duros golpes de feros inimigos.

Que —onde a mesquinha ergueu voz  
[de grandeza.  
E os filhos já no exílio de dirão—  
Ainda por luso ser de natureza,

Ao lê-lo vós logreis têr a ilusão  
De um punhado de terra portuguêsã  
Nêle apertardes sempre en vosa mão.

### O Cartego de Lykés

«Porque choras, Lykés?» «Maldita  
[abelha!]

E a Thémis —pois o julga condoído—  
Mostra o dêdo picado e entumecido,  
Que a rosado botão já se assemelha.

«Onde foi?... como teus a mão ver-  
[melha!]

«Ali, no colmeal doi pai de Agido.  
Yamos ambas duas com sentido  
Nos favos... Visto o euxame que cen-  
[telha!...

Agido foge... (a dortorna-me louce!)  
«Castigo de Aphrodite!» O que disseste?  
Por un favo de mel, coisa tão pou ca!

—Vão te lembras do que ontem me  
[fizeste,  
Quando, eu quis a lutar, beijar-te a bôca:  
De que também um dêdo me mordeste?

### A L C M A N

Aleman de Sardis canta, acompanhado  
Da cítara. Celebra a graça leve  
Das moças espartanas que vão, breve,  
Formar-lhe un côro —a Artemis consa-  
[lado.

Mas se, ao verse do bando rodeado,  
Todas louva, Agèsichora descreve  
—A de madeixas d'oiro, alva de neve —  
Qual se a Deusa, em vez de la visse ao  
[lado.

Transportados, perguntam-lhe, ao re-  
[dor,  
Velhos e novos: «que divinas fontes  
Te temperan a voz —viva d'amor?»

«E quem te ensina com que a Phebo  
[afrontes?»  
Responde, olhando a serras, o cantor:  
«As ligeiras perdizes dêsseis montes...»





# TEIXEIRA LOPES

Pedro Blanco, este extraordinario artista español, tan admirado como querido en Oporto, preparó la entrevista.

—Verás —me dijo—. De todas las sensaciones inesperadas que te proporciona Portugal, la visita a Teixeira Lopes no la olvidarás nunca.

Es ya noche cerrada. Estamos paseando por las calles de Oporto. Los coches, los camiones, los automóviles cruzan raudos y trepidantes. Pasan los tranvías tintineando sus campanas. De los escaparates, de los almacenes, salen oleadas de luz.

—Esta es una ciudad rica —le digo a mi amigo.

Mas él vuelve a su tema:

—Mañana, mañana verás. Teixeira Lopes, el premiado en París el año ochenta y nueve, el vuelto a premiar el novecientos, el conocido y estimado en todo el mundo, vive muy apartado, allí —me dice señalando.

Villanueva de Gaya es un pueblecillo colocado en un cerro, frente a Oporto, al otro lado del río, no muy lejos del mar.

—Teixeira —continúa Blanco— es un nombre que ha de impresionarte. Accesible, simpático, pero tan melancólico, tan triste, que cuando le visitas, siempre temes molestar. ¡Qué lástima que el día esté un poco nublado —me dice hablando de otra cosa—, porque el camino que seguimos te hubiera llamado la atención.

El coche que nos lleva atraviesa entonces el Duero por un lugar de encanto. Es un puente de hierro, alto, esbelto, elegante, ligeramente inquietador. En el fondo, en el azul del río, unas negras barcas, como extraños animales marinos, dormitan. Detrás queda la ciudad, con sus casitas apiñadas, con sus lindos palacios, con sus bellas iglesias, con la torre gallarda de los Clérigos, que se lanza al aire impetuosa, como un grito, como una flecha.

—Es bella esta ciudad —le digo a Blanco, entonces—. Con esta luz difusa, con esa bruma ligera que se alza desde el río, con ese suave color siena que se diluye por toda ella, me recuerda un lugar de Italia.

En aquel punto, el coche domina una cuesta. Hemos pasado al borde de unas pequeñas canteras, hemos cruzado por entre fábricas y barracones y hemos llegado a un pueblecillo campestre que parece un pueblecito francés.

Blanco entonces me dice:

—Mira: ¡aquella es su casa; aquella, la de los ventanales extraños, la de las recias persianas verdosas, la que parece que tiene algo de convento y también algo de prisión!

Llegamos.

En el ancho portal nos encontramos una reja. Al tirar de una cadenilla, una campanita lejana comienza a cantar. Una criada viejecita llega para darnos entrada:

—Pasen, míos señores —nos dice sonriente y respetuosa. Pasen. Entren aquí.

Y nosotros, siguiéndola, cruzamos un pequeño jardincillo; subimos por una ancha escalera; atravesamos un pórtico rústico, y en seguida llegamos al taller.

Cuando entramos en él, el maestro avanza hacia nosotros. Es un hombre alto y fuerte, como los viejos escultores clásicos; viste de gris, con modestia y con sobriedad; tiene el ademán suave. Pero lo interesante en él es la cabeza. Por toda ella se extienden los ca-

bellos sedosos, levemente rizados, que al llegar sobre la frente, se detienen como indecisos, y echándose a los lados, encuadrando todo su rostro, os dejan ver la faz.

La faz de Teixeira la conocéis de antiguo. No sabéis fijamente si la habéis visto en Juan de Juny, en una iglesia castellana, o si es una faz del Montañés. Lo que si véis y sabéis, es que es una faz de asceta, con la mejilla un poco hueca, la boca contraída y un brillante y triste mirar.

Con voz suave y pausada nos va explicando todo. Sus talleres, su casa, sus cuadros, sus «maquetas», sus medallas, sus joyas, toda su bella colección que es algo muy notable. En su obra repara poco. Solamente, cuando pasamos ante esos niños encantadores que él modela en el barro, y que llenan todo el estudio, fija la atención en alguno, sin dejar por eso de hablar. Teixeira, para mirar sus niños, estos niños que salen de sus manos con tanto amor tratados, tiene un mirar distinto. En aquel ambiente, un poco frío, pero repleto de arte y magnificencia, este hombrachón forzado, contemplando sus niños con arrobó, os causa gran admiración.

—Son bellos, son muy bellos estos lindos muñecos —le digo impresionado.

—Son mi especialidad —exclama orgulloso y sonriente.

Esta tarde el maestro está más expansivo que de ordinario. Nos habla de su arte, de sus primeros triunfos, del modelo de su Caín, del taller que en París tenía y que la guerra le arruinó. Incidentalmente nos habla también, con una blanda dulzura, de una condición que él cree indispensable en todo buen artista: la bondad. Entre artistas, y altos artistas, escasea bastante la bondad. ¡Oh!, el viejo dicho de Vasari: «¡Las figuras tienen bondad!» Qué honda significación tiene en este punto, en esta hora que la recordáis...

Oímos encantados la charla del maestro. De su boca fluyen juicios atinados, concretos, bellos. De toda su modesta persona dimana un atrayente encanto. Cuando tenemos que dejarle, nos cuesta gran trabajo el decidirnos a partir.

Ya de noche, a vuelta, la ciudad está iluminada. Hundida allá en el fondo, entre las sombras, al borde del río, cuajada de puntitos brillantes que la dibujan toda, tiene un encanto misterioso que hasta ahora nunca admirasteis.

Pero en este momento yo no puedo admirarla. La gran figura de Teixeira llena todo mi espíritu. Evoco las palabras, los gestos, los dichos de este hombre bueno, de este hombre extraordinario, que en esta tarde inolvidable me ha causado tanta impresión. ¡Luego esa particularidad suya de hacer grupos de niños! ¿Qué ideas, qué sentimientos sugerirán en el maestro estas caras tan lindas de los chiquillos, sus modelos? ¿Por qué tiene para mirarlos este dulce y sereno mirar? ¿Qué cerrado misterio oculta este noble y grande corazón?

De mis cavilaciones me ha sasado la voz de Blanco.

—¿No te había yo dicho que te impresionaría?

Después añade gravemente:

—¡Portugal! ¡Portugal! ¡Tiene muchas cosas guardadas este querido Portugal!...

FRANCISCO VALCARCEL.



### III

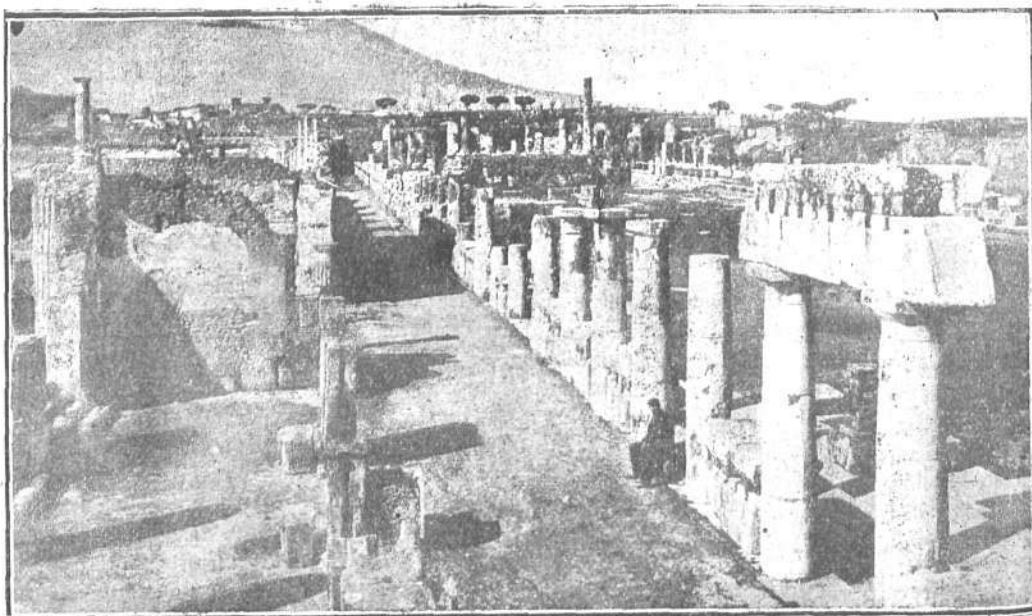
Pero entremos en la misma Pompeya.

El plano de la ciudad, tal como aún hoy existe, tiene la forma de un polígono. De la parte más alta, en donde estamos, desde la *Puerta del Vesubio*, baja una calle estrecha, recta, limpia, que le divide en dos. Luego hay otra calle principal, llamada *Stabiana*, que cruza más abajo otras dos conocidas con el nombre de *Strada Nola* y *Strada della Abondanza*. Esta calle de la Abundancia viene a dar hasta el Foro. Detengámonos un momento en el Foro; y fijemos en él nuestra atención.

El Foro primitivo, es el sitio especial de la ciudad don de en principio se celebraron los mercados, las reuniones públicas y los juegos y diversiones populares; era la plaza mayor de los pueblos de nuestros días; era el lugar más apropiado para grandes reuniones públicas. Pero después el Foro, cuando comienza la construcción de los teatros y los circos, sufre una gran transformación; el aspecto de los viejos Foros se modifica al privarles de una parte de su razón de ser; el Foro, desde ahora, al perder su primitivo aspecto, se convierte en un lugar más práctico; más social, donde con el comercio y la política converge una gran parte de la actividad ciudadana. Pero aún no

seleccionado, depurado de sus bajas funciones, para elevarse a la categoría y función de primitivos parlamentos.

Todo este Foro de Pompeya, adonde acabamos de llegar ahora, tiene la forma geométrica de un enorme paralelogramo. Antaño estuvo rodeado de pórticos espléndidos,



Foro civil de Pompeya.

pavimentado con grandes y anchas losas, adornado con innumerables estatuas; hogaño sólo quedan vestigios de todo lo que fué, santos vestigios que cubiertos de lava durmieron el sueño de los siglos, hasta que la diosa casualidad los volvió con un golpe de su mágica vara a la luz y a la vida.

Allí, cerca del Foro, estaba la Basílica. Era ésta una inmensa construcción completamente griega, destinada a la administración pública de la justicia, a resolver litigios de carácter civil y comercial. Muy cerca de la Basílica se encontraba el templo de Apolón, el de la Diana de los ojos de esmalte, cuyos muros estaban adornados con escenas tomadas de la *Iliada*. En el centro del templo, cuajado de riquezas, se alzaba con orgullo la estatua de la diosa Venus. De frente y a un extremo, existía el templo de Jove. A la derecha, el mercado espléndido. Luego la Curia o Senado con una preciosa tribuna, para dirigir la palabra. Luego el templo de Vespasiano o de Mercurio. Luego el trágico edificio llamado de Eumaquia, la sacerdotisa, donde fueron halla-



Una panadería pompeyana.

cesan aquí las modificaciones del antiguo Foro. Más tarde, en las grandes ciudades del imperio, se construyen dos: uno el llamado *judicial y civil*, donde se celebran los actos públicos, otro el *venal*, destinado exclusivamente al lugar de contratación. De este modo, el Foro primitivo queda

dos dos restos memorables, tocado el uno con un birrete columna.

Mas el templo acaso más famoso de todo el Foro pompeyano, fué el templo llamado Civil, del cual apenas que-



dan restos. Al occidente del mismo se levantaban adornándolo doce estatuas ecuestres y cuatro de a pie. Al extremo meridional del mismo, también tenía estatuas. Frente al centro, sobre un grandioso pedestal, debió elevarse la de algún célebre emperador, cabalgando en brioso caballo, con todo el empaque, la serenidad y la magnificencia de los grandes emperadores romanos.

Muy cerca del templo de Apolón, aún se encuentran pequeñas tiendecillas, que debieron estar ocupadas por los comerciantes distinguidos que se agolpaban en el Foro. Labrado en una piedra hay un nicho cuadrado. En este nicho cuadrado, a la vista de todos, se encontraban las medidas usuales. Tiene la piedra una borrosa inscripción, que traducida dice así: "*Aulos Claudio Flaccos, hijo de Aulo Narceco Arcelliano Collido, hijo de Narceco, duvviros encargados de hacer justicia, tienen el cuidado de verificar las medidas, según un decreto de los decuriones.*" La superficie de esta piedra aún conserva los cinco huecos de las cinco medidas de capacidad que poseían los pompeyanos para sus tratos y contratos.

Ahora figurémonos un instante un día de mercado en este Foro. Los comerciantes pobres, pregonando sus mercancía en latín extranjero. Los robustos esclavos, llevando sobre sus dorsos desnudos las vituallas para sus amos. Los pompeyanos de calidad, paseando indiferentes entre la multitud; recostados en brillantes literas; seguidos de libertos, de artistas. Después, allá en un grupo, unos cuantos legionarios alegres que entre voces y risas ajustan un carnero para comérselo a la noche. Más lejos unas cuantas he-tairas de baja condición, que lucen los encantos de sus cuerpos cansados, apenas encubiertos con sus trajes provocativos. Después, he aquí un poeta, que como en sueños, atraviesa la plaza con la mirada destruida y un papiro en la mano. Un sacerdote de Isis con su extraño atavío cruza allá, por aquella esquina.

Todo es animación, todo alegría, color y movimiento en este Foro rebullente.

Plácido el sol, este amable sol de Pompeya, lo envuelve todo con su caricia de oro.

LEÓN MARTIN GRANIZO

## ANTOLOGIA ALIADÓFILA

### Alemania juzgada por los franceses.

(A V A N T - G U E R R E)

El conde de Gobineau

"Allí donde no ha penetrado el elemento germánico no hay absolutamente civilización, en la manera en que nosotros la concebimos."

(*Essai sur l'inégalité des races humaines*, París, Firmin Didot, 1884, pág. 93.)

Ernesto Renan

"Alemania tiene el mejor título nacional, es decir, una función histórica de la más alta importancia, un alma, una literatura, hombres de genio, una concepción particular de las cosas divinas y humanas. Alemania ha hecho la más importante revolución de los tiempos modernos: la Reforma; además, desde hace un siglo, Alemania ha producido uno de los más hermosos desarrollos intelectuales que se hayan visto jamás; un desarrollo que, si me atrevo a afirmarlo, ha agregado un grado de más al espíritu humano en profundidad y en extensión, en tal forma, que los que no han tomado ninguna participación en esta nueva cultura, están con los que la han atravesado en la relación en que está el que no conoce más que las matemáticas elementales con el que conoce el cálculo diferencial."

(*Lettre A. David Frederic Strauss*, en *Le Journal des Débats*, 16 Septiembre 1870, y en *La Réforme intellectuelle et morale*, París, Levy, 1872.)

"Es una raza dura, casta, fuerte y grave... la raza germánica, una raza colocada en el primer rango por los dones y el trabajo del pensamiento, una raza poco inclinada hacia el placer y entregada por entero a sus ensueños y a los gozces de su imaginación..." (*La guerre entre la France et l'Allemagne*, en *Revue des Deux Mondes*, 15 Septiembre 1870.)

Remy de Gourmont

"Después de 1870 y durante veinte años un patriotismo lloroso nos mostraba el Tratado de Francfort como un abuso de la fuerza. En esos veinte años, hasta tanto que polémicas nacidas aquí mismo, hicieron descender el tono de esa orquesta, se nos indicó, como siendo la expresión de un cinismo monstruoso, la afirmación de Bismarck de que "la fuerza prima sobre el derecho". Era que Bismarck, mediocre constructor de frases (*phrasieur*), decía mal su pensamiento. La fuerza no prima sobre el derecho; la fuerza crea el derecho, lo que es muy diferente a lo que conduce a la unidad a dos ideas inhábilmente separadas. En la lucha entre Alemania y Francia se ejerció la fuerza y no el abuso de la fuerza. En potencia, las dos naciones eran virtualmente equiva-

lentes. Si en la hora del combate la una se encontró excesivamente débil, fué a causa de su cerebro y no por insuficiencia de sus músculos. La fuerza que puso el pie sobre ella fué una fuerza legítima, como fué legítimo también el golpe con que Napoleón derribó a Prusia. Ninguna de esas dos guerras debería provocar la indignación de los respectivos pueblos. No es más vergonzoso para Francia el hecho de haber sido vencida por Alemania, que para ésta haber sido vencida por la primera. Tales hechos no son otra cosa que golpes lógicos de un destino leal." (*Epilogues*, 2.<sup>a</sup> serie, pág. 149.)

F. Larnaud, de la Universidad de París

"Maravillosamente servida por el espíritu científico de sus pensadores y de sus políticos, Alemania, país monárquico, ha realizado la paradoja de introducir, la primera, en su territorio, instituciones nuevas, esencialmente democráticas: la instrucción obligatoria, el servicio militar personal y los seguros obreros. Todos los países la siguen más o menos rápidamente en ese camino, pero ninguno de ellos puede considerar como de poca importancia la experiencia que se realiza en ella desde hace mucho tiempo y que puede ofrecer a todos las más útiles enseñanzas."

(Introducción al libro de Paul Laband, *Le Droit Public de l'Empire Allemand*, París, Giard et Briere, tomo 1.<sup>o</sup>, página XVII.)

Gustavo Le Bon

"La Historia nos muestra también que los pueblos perecen por el debilitamiento de su carácter y nunca por el de su inteligencia. Al leer las narraciones de la desastrosa campaña de 1870, lo que más llama la atención desde el primer momento, es la ausencia total de cualidades de carácter de los jefes de cualquier graduación que sea; también se constata en ellos la misma falta total de buen sentido, de decisión, de atrevimiento y, sobre todo, de iniciativa. Las combinaciones estratégicas de los alemanes fueron muy sencillas; pero, los oficiales de cualquier graduación que fueran, poseían el don de la iniciativa y sabían qué era necesario hacer en un caso dado y aún cuando no recibieran ninguna clase de órdenes. Nosotros no poseíamos nada más que el valor, cualidad que tan solo puede servir en los pequeños ejércitos antiguos que evolucionaban a la vista del jefe. Ellos valían lo que éste, y bastaba, en consecuencia, para dirigirlos, un hombre capaz. (*Psychologie de l'Education*, París, pág. 212.)



### El Orador, por Selma.

Escuchad un instante. ¿Le veis en la tribuna?  
Es el Señor que habla, que nació para hablar.  
¡No estudia, no discurre, no siente, no padece,  
Y no tiene un momento siquiera para holgar!  
Tiene que hablar en mítins, tiene que hablar en bodas,  
Hablar para que rían o para hacer llorar.  
Hablar para los pobres, hablar para los ricos;  
Cuando menos lo espera, le aplauden a rabiar.

Come con sus palabras, con sus palabras duermé  
Le manan como fuente, que no puede agotar,  
Y ante ello, se sonríe de los pobres que estudian,  
¡Para decir palabras; no se debe estudiar!  
Que estudien los imbéciles, él no lo necesita  
Porque, si el estudiara..., se podía cortar.  
¡Discursos con ideas! ¿Habrá majadería?  
Las pocas que se tengan, se deben olvidar

Con la Patria, el Derecho, el Amor, la Justicia.  
Palabras, que aunque viejas, si las sabéis usar,  
Podéis hablar mil años, sin parar un momento  
Hablar; decir palabras; hablar... hablar... hablar...  
Esta es el orador de todos conocido,  
Venid, venid corriendo, venid para escuchar,  
Hoy tiene la palabra fluida como un chorro  
Hoy no nos dice nada... ¡y nos hace llorar!





# TEATROS



*Fedra*, de Miguel de Unamuno, recortada por D. Eurípides de Salamina.

El viejo salón del Ateneo tiene el religioso y emotivo aspecto de las grandes consagraciones. En realidad, es el público de todos los días, el de siempre: mozuelos lácteos, miopes, geniales; respetables calvas y curiosos que husmean por las puertas. Es decir, petulancia, *pose*, vanidad y... nada más.

En este ambiente artificioso y falso es donde vamos a presenciar "la tragedia desnuda en toda su majestad augusta", esta tragedia que, al parecer, no halló acomodo en ningún teatro de Madrid, y se acoge ahora con falsa humildad al amparo de esta *casa grande*, según nos cuenta el seudo autor, como es costumbre entre los griegos, en unas sofisticas cuartillas, que para más carácter, nos lee un poeta bucólico. No está mal.

Terminado el proemio, va a comenzar la representación de *Fedra*; pero no quiero que los que se arriesguen a leerme caigan en el mismo infortunado error en que cayeron muchos de los oyentes la otra noche en el Ateneo —algunos de ellos críticos de teatros—, que buscaban en la biblioteca la "*Fedra* de Eurípides",... Como con la único que estoy conforme de las cuartillas anteriores es con aquello de que "hay que educar al público para que guste del desnudo trágico", me voy a permitir un ligero comentario vulgarizador sobre la personalidad y la obra de nuestro trágico.

Como es sabido, Miguel de Unamuno fué uno de los tres escritores más nombrados que tuvo Grecia en su decadencia. Mediano poeta, mediano orador, mediano filósofo, dió al fin en el teatro. Muchas veces, su amigo Sócrates, le motejó con dureza su exceso de retórica vacía y paradojal. Luciano el poeta, se la ridiculizó también, llegándola a dar un nombre cómico. Al principio, como acontece siempre en los teatros, no le hacían caso. Pero el famoso autor de *Orestes*, lleno de heroísmo y tenacidad (tenacidad y heroísmo es peculiar de los trágicos), que muy pronto estudió con datos el indispensable doctor Lafora, siguió produciendo, y leyéndoselo a los más pacientes de sus amigos, hasta después de mucho tiempo en que a fuerza de voces y de instancias no escritas con cierta habilidad, logró colarse en los teatros, y hasta dicen que se enriqueció.

En casi todas sus obras se notan marcadas influencias de Protágoras, Sócrates y Anaxágoras, a los que conoció y no estimó. Como a la mayoría de los griegos, se le acusa con cierto fundamento de no andar muy sobrado de sinceridad. Sófocles, dijo de él, a propósito de su odio a las mujeres, "que solamente las odiaba en las tragedias". Nosotros, tanto como esto, no podemos ni nos atreveríamos a asegurar.

En cuanto a su obra de hoy, nunca se llamó *Fedra*, sino *Hypolito que trae la corona*, que es a su vez refundición de otra más inmoral que imitó Séneca más tarde, Racine después y D'Annunzio últimamente, que se llamaba *Hypolito velado*. El tipo principal de estas tragedias es *Fedra*, pues

al fin y al cabo los *Hypolitos* de Eurípides, como el de Séneca y el de Racine y el de todos los demás (que pueden verse en cualquier enciclopedia *que no sea francesa*), no hace más que lamentarse y hablar. También *Hypolito* es de los que se les va la fuerza por la boca o por la pluma, que para el caso es lo mismo. Ella en cambio, *Fedra*, es la que acciona, sufre y os conmueve, y os exalta hasta el paroxismo del dolor. De aquí que el Sr. Eurípides, al *refundirla*, haya tenido el gran acierto de dar este nombre más representativo a su tragedia *original*, en lugar del primitivo y propio

Como de muchos es por demás sabido, toda la acción de la obra ocurre en Trecene, y en los tiempos heroicos, donde se supone que están casados *Fedra* y *Teseo* y que viven y descansan paz. Mas *Teseo* tiene un hijo, ya hombre, *Hypolito*, concebido en otra mujer. Este hijo es bello, casto y tonto, y desprecia a la propia diosa *Venus* que le requiere de amor. *Venus*, para vengarse, hace que su madrastra *Fedra* se enamore de él locamente. El conflicto se acerca.

Para aliviar su corazón ardiente *socarrado* (nos parece que se lee en el original), —esta fraseología siempre le plació a nuestro Sr. Eurípides— *Fedra* se confía completamente a una vieja nodriza, quien no sabemos con que móviles se lo cuenta todo al galán. *Hypolito*, como era de esperar, dado su especial modo de ser, se pone furioso. Hay aquí una escena maestra que nos atrevemos a reproducir. Dice así en español, traducida discretamente por D. Eduardo Mier:

*La Nodriza.*—¡Por tus rodillas, que abrazo, no me pierdas!

*Hypolito.*—¿Y cómo así, cuando según aseguras no has dicho nada malo?

*N.*—Lo que yo he dicho, ¡oh hijo! no debe saberlo el vulgo.

*H.*—Mejor es, sin embargo, que el vulgo sólo sepa lo bueno. (Sofisma).

*N.*—¡Oh hijo, no quebrantes tus juramentos!

*H.*—La lengua juró; el alma, no ha jurado. (Sofisma).

*N.*—Hijo, ¿qué vas a hacer? ¿Perderás a tus amigos?

*H.*—Los niego ese nombre; ningún malvado es mi amigo. (Sofisma)

*N.*—Perdona; siempre han errado los hombres, ¡oh hijo!

*Hypolito* entonces, dirigiéndose al público, suelta la siguiente rociada:

¡Oh Júpiter! ¿Por qué dispusiste que las mujeres viesen la luz del sol, si son cebo engañoso para los hombres? Si deseabas que estos se multiplicasen, no debías haberlos creado, sino que ellos en sus templos, pesando el oro, o el hierro, o el bronce, comprasen los hijos que necesitaran, pagando el justo precio de cada uno, y que viviesen en sus casas, libres de femenil compañía. Ahora, como han de morir aquí con nosotros, agotan nuestros recursos. Manifiesto es de aquí, qué azote tan grande es la mujer; pues el padre, que la engendra y la educa, da además la dote y la casa para librarse de ella; al contrario el que recibe en su hogar

*esta peste destructora, goza engalanando a una pésima estatua, y la viste con sus mejores ropas, y el desventurado gasta así sus rentas. (Al llegar a esto, los ateneístas, que están en el secreto, se sonríen maliciosamente.)*

Y para qué seguir más.

La desdichada Fedra del Sr. Unamuno, rechazada también por Hypolito, el bello, decide ahorcarse, no sin dejar escritas unas tablas de cera (primitivo modelo de carta de suicida para su marido), en donde le dice que su hijo, y por la fuerza ¡pobre!, obtuvo sus favores en el propio lecho conyugal. (De esto último no respondemos con exactitud, por que en el *texto griego* que hemos leído hace tiempo, de Henri Weil, hay unos cuantos párrafos finales que se nos atragantaron.) Teseo entonces destierra a su hijo Hypolito, pidiendo a Neptuno que le castigue como es merecedor. Accede el dios al ruego del padre vengativo, y un toro bravo se encarga de destrozar a Hypolito. Cuando le vuelven moribundo ante su padre, aparece Diana, su amiga, descubriéndole la secreta inocencia.

Esto es todo lo que pasa allí.

Si no fuera porque estamos en la cuartilla nueve, y por que ello supondría introducirme en el terreno acotado por el Sr. López de Ayala, quien parece que tiene registrada su patente, me detendría un punto con inmenso placer en el estudio del significado simbólico de esta hermosa obra modelo que ayer tarde, sin ningún atrezo, completamente desplumada —no desnuda— sin coros, sin trajes, casi en mangas de camisa, como vulgarmente se suele decir, nos sirvió nuestro compatriota el Sr. Eurípides, diciéndose modestamente autor, no refundidor, ni traductor.

La fatalidad, el destino, el odio y la debilidad humana, son los grandes resortes que el gran trágico griego manejó con una seguridad y una audacia, que no creemos se puedan superar. Densas nubes negras, preñadas de pasiones, se agitan lenta e inexorablemente en toda la tragedia, y en forma tal acusadas y dibujadas, que a veces las figuras se llegan a ocultar, a desaparecer, pero la obra continúa. Los temas de que, en su prurito de escuetismo, nos haya privado aquel señor, de aquellos bellos coros que en Miguel de Salamanca comienzan a ser complementarios, pero que hasta entonces formaban parte de la acción principal; los que tenían tan hermosas parabasis (no lo queremos escribir en caracteres griegos para no molestar), como esta que copio:

“Sin duda, mi piedad para con los dioses me libra de los dolores que pueden aquejar mi ánimo; pero cuando más confío en la divina Providencia, desmayo contemplando la varia suerte y las acciones de los mortales. Todo cambia en este mundo, e inconstante es la vida humana y sujeta a muchos errores.”

Pero ya no podemos detenernos.

La refundición del Sr. Eurípides de Salamina, para ser obra de un principiante, no está del todo mal, aunque esta *Fedra* modernísima parece que ha pasado a través de una dolorosa y complicada ovariectomía. Esta obra genial hubiera estado mucho mejor, si en lugar de intentar en vano enmendar la plana al gran Unamuno de Salamanca, se hubiera limitado aquél adarnos una traducción directa del original, en la suposición de que conozca el griego. En general, la mayoría del ilustrado público que presenciaba el espectáculo, se

aburrió. Una de las variaciones verdaderamente atinadas, justo es confesarlo, que ha puesto en la tragedia el Sr. de Salamina, ha sido la de vestir los personajes de la obra con los trajes y modos de hoy. Esto, aparte de la novedad que supone, constituyó por sí solo un gran acierto que no nos cansaremos de aplaudir. De este modo, y con un solo golpe mágico, metió toda la ancha y clara vieja Grecia dentro de nuestro actual estrecho y negro ambiente español.

¡Después dicen que hoy no se hacen milagros!

DON LOPE.

NOTA. Compuesto ya este artículo y el número tirándose, notamos en él graves errores, tales como el de cambiar el nombre del sabio y cumplidor catedrático Sr. Unamuno de Salamanca, por el de aquel sofístico griegucillo Eurípides de Salamina, con quien no puede comparársele. También notamos alguna ligereza y confusión en varios de los nombres y juicios que en él hemos estampado con ingenua y ligera erudición canedil. De todo ello pedimos perdón a nuestros lectores, prometiéndoles no incidir en lo sucesivo, encomendándonos por igual a su juicio y a su benevolencia.



**Inútil seducción,** por López Ruiz.





# DE LA GUERRA EUROPEA

Según el parte que tengo a la vista (del 22 del corriente), por el que me rijo principalmente para hacer esta crónica, ha habido gran actividad guerrera en todo el frente occidental.

Por el frente de Lorena hubo un violento duelo de artillería.

Las numerosas baterías alemanas de Verdun, tiran con matemática precisión sobre los puestos de la infantería francesa y sobre los abrigos de su artillería. Prácticos como ninguno, los artilleros alemanes, destruyen con facilidad las posiciones que han elegido como blancos, provocando numerosos incendios.

De análoga manera fué la lucha de artillería en toda la Champagne, a ambos lados de Reims y al Sur de la Fere, hasta Soissons.

En estos puntos hubo algunos asaltos de infantería, aunque de poca importancia.

También se desarrollaron frecuentes combates de infantería en combinación con violentos bombardeos en la región de la Flandes belga y francesa. Durante ellos, los destacamentos de exploradores alemanes, penetraron en las líneas enemigas.

Pero todo esto no fueron sino acciones demostrativas para distraer la atención del enemigo y acometer con furia sus líneas entre Arras y La Fere.

En dicho sector ha tenido lugar la parte más dura del combate en esta primera jornada, con nutrido fuego de artillería y de lanzaminas.

Al tronar de los cañones acompañan el silbar de las balas de fusil, y el estridente castañeteo de las ametralladoras.

Los granaderos fusileros y los granaderos de manos lanzan sus armas de muerte para preparar el asalto.

Los zapadores avanzan para destruir las alambradas, defensa accesoria que es indispensable quitar antes de lanzarse al asalto.

Así las cosas, las armas de fuego callan; han dejado la

palabra a las bayonetas. La voz de éstas no se oye como antes. Y es que la voz del arma blanca, es voz de muerte, y se acalla ahogada en la sangre.

Ya se han precipitado los alemanes en las trincheras inglesas; ya ha llegado el terrible cuerpo a cuerpo. ¿Quién vencerá?

16.000 prisioneros y 200 cañones se sabe, a la hora que esto escribo, que han perdido ya los ingleses.

La ruptura del frente inglés por esa parte, puede tener dos tendencias: o empujar a la parte de línea aliada que quedaría al Norte hacia la costa, intentando tomar Amiens o descender por la línea de Oise amagando París.

Las dos ideas son muy atrevidas y habrán de llevar consigo mucho derramamiento de sangre; pero no olvidemos que esto es inevitable, cuando se emprende una gran ofensiva; y que una idea muy atrevida, y por nadie soñada, es la que ha de poner el punto final a esta terrible tragedia.

La operación de arrollar la línea inglesa, empujándola hasta la costa, es posible y grandiosa. Consiguiéndola los alemanes se acabaría la guerra.

La marcha sobre París, ni que decir tiene que sería de un efecto moral que pronto to acabaría con LAS ENERGÍAS de Francia.

Que ambas cosas son muy difíciles no se me oculta; pero repito que la resolución de algo que nosotros creemos muy difícil, quizá que consideramos imposible, ha de ser la solución del magno problema de la guerra.

Apenas ha tenido lugar la acción que ligeramente acabamos de reseñar, Bonar Law ha hablado en la Cámara de los Comunes para decir que el ataque alemán estaba previsto y que no ha habido sorpresa para las tropas inglesas.

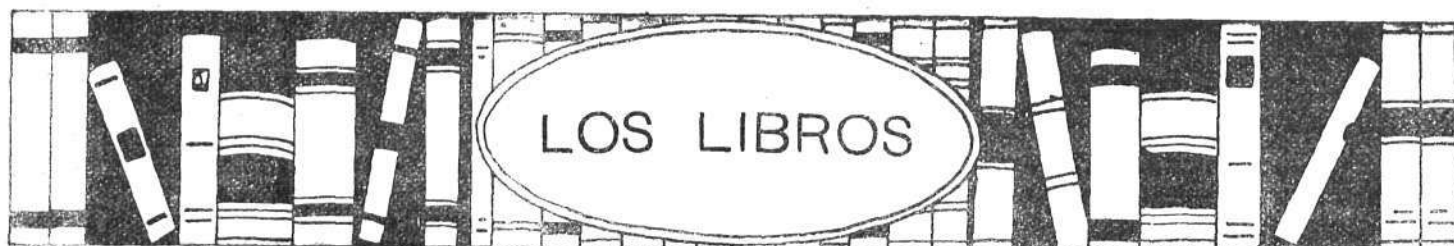
Paréceme a mí que el arreglo es muy malo, que es peor el remedio que la enfermedad, porque si es verdad que no ha habido sorpresa, si es cierto que el ataque estaba previsto, tiene menos disculpa el que hayan perdido 16.000 prisioneros y 200 cañones, en el primer empuje, cañones y prisioneros, que muy pronto, necesariamente, se han de multiplicar.

Y si no, al tiempo.

ZEPPELÍN.



(1) Llega a nosotros esta crónica con un gran retraso. No obstante, como nuestro distinguido colaborador ha arriesgado en ella hipótesis que se van confirmando, no resistimos a la tentación de darla publicidad con estas salvedades.



**Francisco Contreras.**—*Les Écrivains Hispano-Américains et la Guerre Européenne.* Editions Bossard. Paris, 1917.

La propaganda de los aliados tiene dos corrientes: una de dentro afuera, irradiando sobre los pueblos neutrales el prestigio más o menos efectivo de su causa y de sus victorias...; otra de fuera adentro, buscando en la opinión de los neutrales un apoyo moral para los decaídos ánimos de sus pueblos, tan necesitados ahora de toda suerte de apoyo. En esta segunda corriente está comprendido el libro del poeta americano Francisco Contreras.

Aunque el título parece indicar que en él figuren todos los escritores hispano-americanos, lo mismo los germanófilos que los aliadófilos, no se trata sino de una antología de escritos francófilos por un puñado de intelectuales — en el sentido más “ateneista”, de esta palabra — que han bebido su cultura en libros franceses sin llegar a penetrar la sólida y profunda civilización germana. Fuera de una media docena, los demás están al mismo nivel de nuestros “distinguidos”, cronistas provincianos; son gentes ignotas e ignorantes, que repiten lo aprendido en *La América Latina* con la insistencia monótona y cansina de las aves parlantes, cuyas especies tanto abundan en la América del Sur. Dicen lo que oyeron en Francia por inadecuado que resulte a su especial situación. Es natural que los franceses teman por su integridad territorial cuando tienen de huéspedes a los ejércitos alemanes, pero no se comprende que un chileno tema por la seguridad de su nación. Nos imaginamos a este distinguido publicista escrutando ávidamente el horizonte desde la costa, esperando que de un momento a otro lleguen a nado los formidables ejércitos del Kaiser.

Comienza el libro con una frase que merece ser tomada en serio: “Si la América española es, por la sangre, la hija de España, por el pensamiento es la de Francia.” Efectivamente; para mal suyo, no siguen las letras hispano-americanas el camino por donde fué el idioma, para buscar en las españolas gusto e inspiración. Francia prestó su concurso disolvente en la destrucción de los lazos maternos que unieron a estos pueblos con España, y agradecidas las nuevas nacionalidades, constituyeron sus espíritus en siervos de la mentalidad francesa.

Habla el pueblo de estas repúblicas en castellano, más castizo aún que el de la Península, y sin embargo, sus literatos le siembran de voces francesas, tornándole en un producto híbrido, incapaz de vigorosas fecundidades; tienen ante sus ojos la propia realidad americana, y sin más que volverlos a la historia, las épicas hazañas de la conquista española por sus mismos antecesores, y no obstante, buscan asunto para sus obras en la vida parisiense.

El gran Rubén Darío amaba a Francia, es cierto; pero supo llevar la voz de la raza frente a la amenaza yankee. ¿Qué opinan de esto los escritores hispano-americanos? José Enrique Rodó, la más ilustre figura de los aliadófilos, alega contra Alemania que la victoria de su imperialismo nacional sobre el resto de Europa favorecería la acción del otro imperialismo yankee. Esta razón es hoy más fuerte que

nunca con una total inversión en los términos: la victoria de los aliados favorecerá, por consiguiente, esa acción.

Al final de la guerra se encontrará el coloso norteamericano bien armado y dispuesto a proseguir el camino, ya iniciado, hacia el Sur. ¿No han pensado los escritores hispano-americanos en este inminente peligro con que el retoño anglo-sajón amenaza a los retoños españoles, transmitiéndose a los hijos, por irresistible ley de herencia, la tradicional enemistad de las madres?

Nos hemos excedido en el comentario a un libro tan insignificante. Cuando sobre París, centro de una cultura que va de vencida, truenan la más formidable máquina de guerra, símbolo de la ciencia y la industria, de la mentalidad y la energía, voz de la armónica civilización germana, ¿no es vanal que atendamos al cómico eco hispano-americano de la propaganda aliadófila, ruidosa y huera?

JOSÉ ANTON

*La Legislación civil y el Proletariado*, por Francisco L. Goicoechea, Luis de la Peña y Costa y Alfonso Cortezo.

Al parecer, esta es la Memoria que actualmente se discute en la Academia de Jurisprudencia, planeada y escrita por estos tres estudiosos muchachos.

Demasiada extensa en su base, resulta aun más sobrecargada con aquel capítulo “La ignorancia del derecho”, que pudieron suprimir fácilmente con todos sus intentos de erudición, que hubieran estado mejor en el capítulo contiguo “Derecho de propiedad”, que encontramos hartamente menudado.

Por todo este trabajo notamos, con dolor, una excesiva influencia de doctrina franco-inglesa, un poco trasnochada, que los autores deben de hacer por renovar. ¿Cómo han podido ustedes olvidar en “El derecho de asistencia del obrero”, las leyes alemanas? Aparte de aquella cita de Lasalle — que por cierto falsea su carácter, pues de sobra saben ustedes que el fino y romántico Lasalle era bastante más que un vulgar agitador — encontramos en todas las páginas un olvido metódico de las importantes leyes del 6 de Enero de 1884, que estableció la ley de Accidentes, y las de Junio de 1889, las de 1891 y 1911, que implantaron y ampliaron las de Vejez, Invalidez, etc., que rigen en dicha nación. ¿No les parece a ustedes que el bloqueo no ha de llegar hasta eso?

Encontramos bien extractado el “Breve examen de las más importantes leyes vigentes reguladoras del trabajo (en España)”. Esto solo, también pudo ser más que suficiente para otra Memoria ceñida y magra. No estamos conformes con aquel párrafo final de la imprescindible creación de una legislación inspirada en un criterio socialista, a no ser que previamente nos pongamos de acuerdo sobre la clase de criterio que éste ha de ser. Ya saben ustedes, jóvenes y estimables autores, que de las palabras, ni aun de las dadas, se puede uno fiar.

Todo lo demás está bien. Aletea por todo el trabajo un simpático y noble anhelo juvenil, que es muy digno de



aplausos. Y es de esperar que estos tres muchachos estudiosos y trabajadores hagan cosas más limitadas y hondas que esta clase de amplias Memorias, impuestas quizá por sus propios fines, en donde, sin ningún género de duda, han querido abarcar demasiado.

G.

### Un libro del P. Teodoro Rodríguez.

El último libro del sabio Provincial de los Agustinos es una aguda y certera mirada sobre el "más allá de la guerra", a través de las enseñanzas del problema político y social. Pertenece a la literatura conocida de artículos, estudios y encuestas que en España inició una conocida Revista, y luego coleccionó un editor con el título: *Después de la paz*.

Con más preparación que muchos de los colaboradores de esta antología aliadófila (recordemos con relativa seriedad a José Francés...) el autor entra en la plenitud de esta cuestión —mitad juicio, mitad profecía— viniendo de la ruta cultural que marcan sus anteriores libros.

He aquí un párrafo interesante de su último libro:

SE EQUIVOCA M. LE BON AL AFIRMAR QUE LA GUERRA ACTUAL ES UNA LUCHA DE FUERZAS PSICOLOGICAS

"No estamos conformes con M. Gustavo Lebon cuando dice: "La guerra actual es una lucha de fuerzas psicológicas. Se disputan el campo ideales inconciliables. La libertad individual se levanta contra el servilismo colectivo, la iniciativa personal contra la tiranía estatista, los antiguos hábitos de la lealtad internacional y de respeto de tratados contra la supremacía de los cañones..."

"El triunfo de las teorías germánicas volverían los pueblos a los períodos más duros de su historia, a aquellas edades de violencia en las cuales la justicia no tenía otro fundamento que la ley del más fuerte," (1).

Prescindiendo de esta serie de afirmaciones a todas luces falsas, que no hay derecho a hacer mientras no se borre de la Historia la usurpación de Gibraltar, la expulsión de las órdenes religiosas y el robo de sus bienes, el uso tiránico de las famosas fichas, el zarismo ruso, primero, y ahora la demagogia salvaje, que es la misma tiranía en forma democrática, puesto que no hay más ley que la fuerza, la opresión brutal de Grecia... con otros millares de hechos antiguos y modernos de todos conocidos, aunque por algunos ahora, al parecer, olvidados; pues aun prescindiendo, digo, de estas falsedades que no nos importa puntualizar en estos momentos, el pensamiento general de Lebon es absolutamente erróneo. La guerra actual no es una guerra de ideales, pues si así fuese no podrían haberse fundido la Francia socialista, revolucionaria y oficialmente atea, con la gubernamental, tradicionalista y oficialmente protestante Inglaterra y con la absolutista y oficialmente cismática Rusia. Como tampoco en el otro bando podrían ir juntas la oficialmente protestante Alemania con la católica Austria y la mahometana Turquía. Los motivos de esta espantosa guerra son bien conocidos de todos, y por mucho que intencionadamente se agite y revuelva la opinión, no se la podrá enturbiar tanto que no se vea lo que en el fondo ha habido y hay. Cuando la guerra termine y comience el difícil período de elaboración de la paz, se verá más claramente lo que a cada grupo de beligerantes movía, y clarísimamente, cuando la paz sea un he-

cho. Si hay alguno tan cándido que crea que en la elaboración de la paz van a pesar más las ideas de justicia, altruismo, libertad... apoyadas por poderosas razones que las de industria, comercio, agricultura, hegemonía internacional... apoyadas por poderosos cañones, se llevará chasco soberano. Los vencedores, sean los que sean, no caerán en la insipiente de pretender moldear todos los pueblos en un mismo troquel. Tan convencidos estamos de que en esta guerra europea, mejor dicho, mundial, no se ventilan ideas, sino intereses, que creemos que el ideario moderno vivo, es decir, el encarnado en la vida social, no el de los sabios de gabinete que se marchita con el aire de la calle, no ha de sufrir grandes modificaciones, ya triunfe un grupo, ya triunfe el contrario..

## REVISTA

*Revista crítica hispano-americana*, publicada por A. Bonilla y San Martín. Tomo III. Números 3 y 4.

SUMARIO (del núm. 3).—Conde de Peña-Ramiro, *Itinerarios de España* (conclusión).—Miguel Angel Orti Belmonte, *Nuevas notas al Fuero de Córdoba*.

SUMARIO (del núm. 4).—M. Artigas, *Lobo Lasso de la Vega*.—Miguel Angel Orti Belmonte, *Nuevas notas al Fuero de Córdoba* (conclusión).—*Notas bibliográficas* (de A. Bonilla y San Martín y A. Urquiola, acerca de publicaciones de los Sres. Menéndez Pidal y M.<sup>a</sup> Goyri de Menéndez Pidal, Mosén Pedro Vallés y U. A.—*Índice del tomo III*.

**De todo libro que se nos envíe daremos cuenta en esta sección, y trasladaremos aquí su Índice o uno de los capítulos cuando se juzgue interesante.**



—¿Don Juan La Cierva?

—Se mudó porque se quejaron los vecinos. (Caricatura de Kilom.)

(1) *Enseignements Psychologiques de la Guerre Européenne* página 2.

# DE LA SEMANA

## El momento psicológico

En la crónica telegráfica del día 27, de París, que recibe *El Sol*, se habla de que en Francia esperan cuidadosamente "el momento psicológico del agotamiento del ejército alemán, para contraatacarle y vencerle..".

Indudablemente, el nuevo terror que invade a Francia hace vacilar su altiva testa gala y le pone vendas en los ojos. Tomar a un ejército tan formidable como el que rompe el cerco de hierro con que los ingleses, los franceses, los yanquis, los belgas y hasta los portugueses le estrechaban, por una bailarina, o por el propio D. Melquiades, que se desmayan después de una sesión ..

Esperen, esperen el momento psicológico, y aún fisiológico, que llegará; pero no será ése.

## Acordaos del Imparcial

*El Imparcial*, ese periódico liberal independiente de los Gasset... que cuando la guerra de Cuba tuvo el honor de extraviar la opinión pública con su crasa ignorancia, se burla donosamente del *cañoncito* alemán que envía un pepinazo monstruoso sobre París cada cuarto de hora.

Los hay por quien no pasan los años, ni las cosas...

Ni la experiencia, ni los libros...

—¿Verdad, señor Gasset?

## La nota del señor Urgoiti

Escuetamente y sin forma, por primera vez el *factotum* de La Papelera, émulo del Tostado, replica a las cariñosas ovaciones que para él brotan a diario de toda la Prensa española, hablando del éxito de "Nuestro periódico" (como los Obispos) y el entusiasmo ¡loco! de la opinión que *Nos* acompaña. "*El Sol*, dice, ha roto el tacto de codos con que la Prensa venía viviendo y fomentando su dictadura sobre gobiernos y pueblo. Nos parece natural que contra él se conciten los interesados en mantener el antiguo estado de cosas..".

Y continúa:

"A ciertas gentes les parece inconcebible que unos cuantos españoles se decidan a *arriesgar su dinero* (a... a qué dice V.)... en una empresa periodística y que, para llevarla a buen término, congreguen en su derredor a periodistas y colaboradores de probada competencia profesional y de..."

¡Basta! Señor Urgoiti.

Muy bien hecho el párrafo, muy sobrio, muy diáfano... Adelanta usted a ojos vistas. Es usted un vasco "bién"...

¡Usted llegará!

## ¡A Berlín!

Era en Agosto de 1914... En la *gare de l'Est*, de París, se amasaba una muchedumbre, semi-militar, semi-civil, atraída por la curiosidad, aglutinada por la alegría, y hornada por el entusiasmo.

Los valientes soldados franceses cantaban con el clarín del gallo: "¡A Berlín! ¡A Berlín!"

En los vagones del tren militar los *cogs* escribían, ahincando ensañadamente la letra, con tiza blanca: —"¡A Berlín! ¡A Berlín!"

Es en Marzo de 1918... Por los tortuosos caminos de la Picardía avanzan con dirección a Alemania fuertes masas de soldados ingleses y franceses (hasta 70.000), prisioneros de la gran ofensiva.

Los *cogs*, sin plumas ni cañones..., cacarean en baja voz, por debajo de sus alargadas narices: —"¿A Berlín? ¿A Berlín?"

## Prensa de vigilia

Es "Viernes Santo", y nuestra avidez de lectores se crispa ante esta noticia matinal, que nos llega con el desayuno:

—Hoy no hay periódicos... ¡es Viernes Santo!

—No importa; alguno saldrá, ¡venga!

Y nos traen la *Corres...* porque se imaginan que no nos divertirá la "crítica de los sermones", en *El País*, juntamente con tres o cuatro infanticidios fantásticos cometidos por terribles curas ..

Nos echamos a la cara la primera plana de la *Corres...* y allí en grandes titulares se lee:

LOS FRANCESES HACEN RETROCEDER A LOS ALEMANES.

¡Ciertos! En dirección a París...

La prensa española —discípula aventajada de la francesa, como ésta de la yanki— es hoy la más ingenua del mundo, después de la portuguesa (a cada uno lo suyo).

Aparece *El Sol* —calco de *The Sund*, hasta en las titulares— y en el primer número leemos:

CAÍDA DEL MINISTERIO LENINE.

¡Muy bien! Así se acredita un periódico nuevo, adelantando noticias. A las dos de la tarde sale la segunda edición de la *Corres...* y, en efecto: HA CAÍDO LENINE. Pero nada dice la prensa de la noche, ni la del día siguiente, y... aún esperamos la confirmación de la noticia... ¡y la crítica!

Claro está que algún día caerá *Lenine*, y para entonces ¡ah! ya está adelantada la noticia. ¿Porqué la prensa de Madrid —que ahora ataca a *El Sol*— no se atrevió entonces a sonrojarle un poco?

## FÁBRICA DE ARTÍCULOS DE PIEL

## ESPECIALIDAD EN ENCARGOS :: OBJETOS PARA REGALOS ::

CASA FUNDADA  
EN 1846

# E. LOEWE

PROVEEDOR  
DE LA REAL CASA

CASA CENTRAL EN MADRID

SUCURSAL EN BARCELONA

Príncipe, 39, teléf. 1810. Apartado de Correos 319

Fernando, 30.





## IDEAL MESA DE CAMA Y BIBLIOTECA

formada por un tablero de 61 por 46 centímetros, que sube o baja a voluntad y se inclina instantáneamente a cualquier ángulo deseado, desde el horizontal al vertical; con soportes plegadizos para libros, y otro tablero, de 33 por 22 centímetros, que sirve de pequeño atril

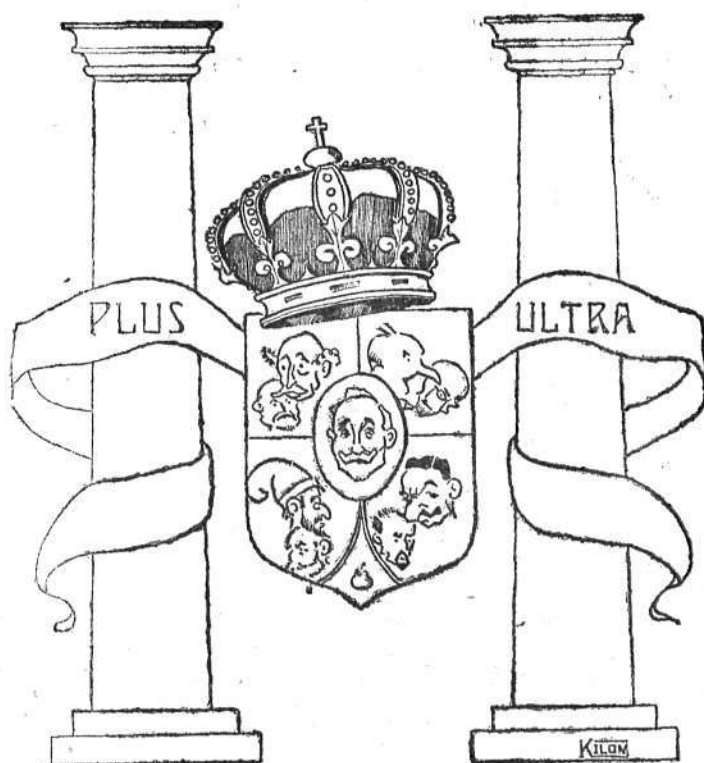
o mesa auxiliar

Es el mueble más útil que se ha inventado. Construcción científica de tubos de acero. Peso con embalaje, 15 kilos

PRECIO: 68 PESETAS

L. ASIN PALACIOS

Preciados, 23, Madrid.



Un Gobierno chulo, pero cuidado con la manzana, por Kilom.

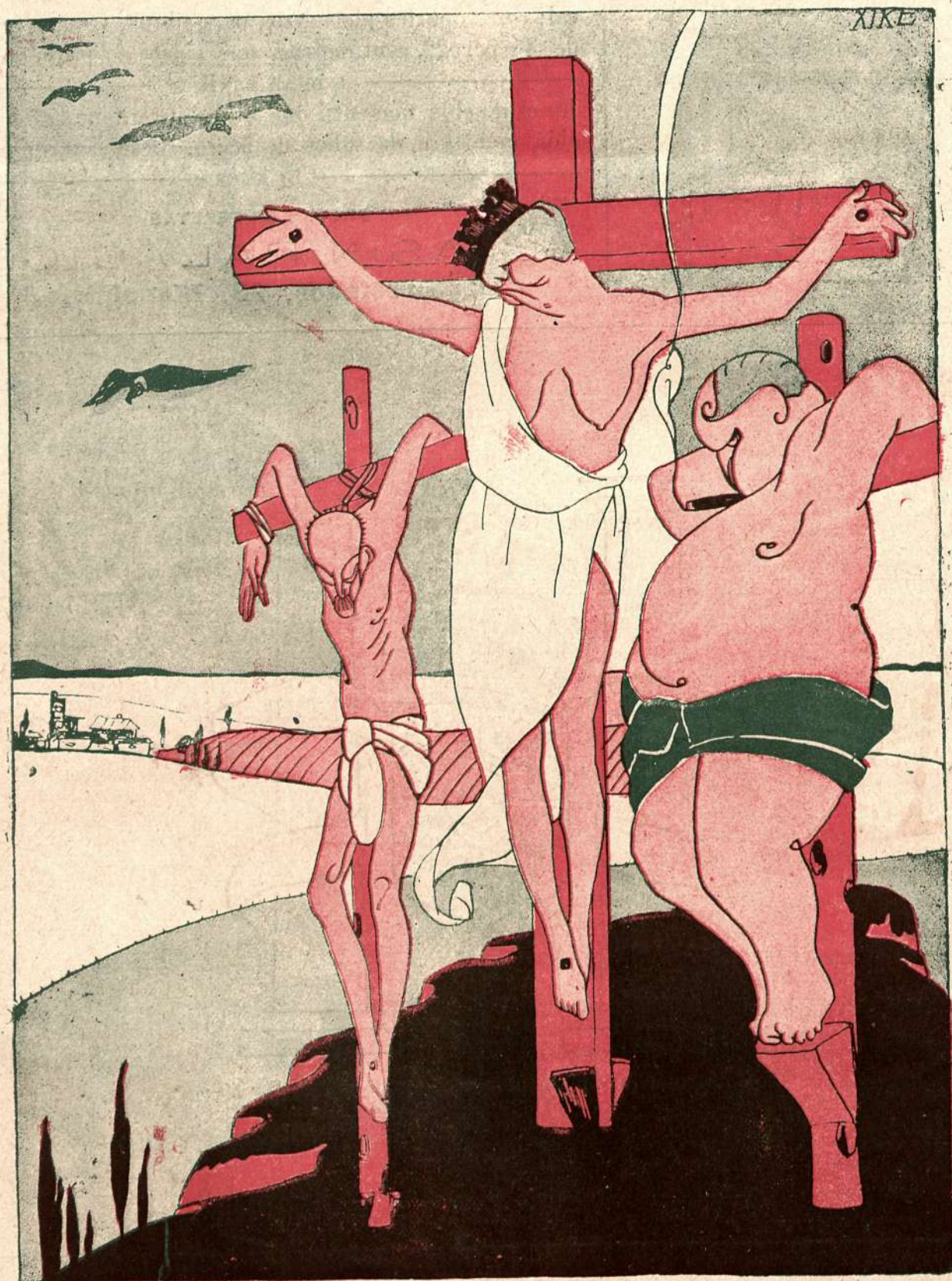
Banco Alemán Trasatlántico, Barcelona-Madrid.

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA

Caballero de Gracia, 60  
MADRID



❖ SEMANA DE PASION ❖



**La crucificaron entre dos...: un político y un naviero.**

*(Caricatura de Xike.)*